

San Bernardo predicando a una comunidad cisterciense; miniatura francesa de un "Libro de Horas" del siglo XV (Museo Condé, Chantilly). Por haber fundado el monasterio de Clairvaux se le conoce como San Bernardo de Claraval.

Cluny y el Cister. Las Órdenes mendicantes

La reforma llevada a cabo por los papas (Hildebrando y sus sucesores de los siglos XII y XIII) no hubiera sido eficaz si no se hubiese producido un movimiento popular favorable, que colaboró con las altas jerarquías eclesiásticas del modo más inesperado. Sin el evangélico entusiasmo que acompañó a la fundación de las llamadas Ordenes mendicantes (franciscanos y dominicos), la Iglesia hubiera reincidido pronto en sus desórdenes condenados. Recordemos que la reforma hildebrandina consistió en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y en negar a las autoridades civiles el derecho de nombrar obispos y abades. Pero estas "reformas" tendían sólo a corregir abusos con castigos y excomuniones; no procedían como una sacudida espiritual que, transformando las almas, las hiciese capaces de sentir ellas, por su cuenta, los beneficios de una vida religiosa.

Además, todo el sector de la Iglesia militante representado por los monjes sentía menos directamente la influencia reformadora de los papas o de sus legados. Y los monasterios habían acumulado posesiones vastísimas; debían de ser, pues, codiciados. Los yer-



Maqueta de la parte del monasterio de Cluny que aún se conserva en la actualidad (Museo de Cluny, París). Se trata del brazo sur del gran transepto de la edificación conocida como Cluny III, inaugurada en 1088.

mos donde se habían establecido los monjes siglos atrás eran ahora fértiles llanuras; donativos y herencias habían multiplicado los bienes de las casas de los religiosos de un modo inaudito. Como, de acuerdo con la regla benedictina, cada monasterio era una entidad independiente, la casa madre de Montecassino no podía arrogarse más que una dignidad primacial puramente honorífica. Sin la vigilancia de una autoridad central, y tentados por la sed de riquezas, los monjes caerían a menudo en los excesos que originan la ociosidad y la abundancia. Una comunidad relajada debía elegir un abad poco virtuoso, y éste, necesariamente, habría de tolerar los mayores desórdenes. Y así no es de extrañar que algunas personas desearan algo más que el perezoso retiro que podía encontrarse en muchas casas de benedictinos después de la muerte del fundador.

La evolución que representa la fundación de nuevas Ordenes religiosas hubo de estar precedida, como todos los grandes esfuerzos espirituales, de tanteos y ensayos, preparando la tremenda enunciación de la nueva verdad. Parece como si algo se resistiera a la presión del Espíritu y que, sólo después de varios ataques, éste lograra forzar el paso hacia un estado superior, que muchos anhelaban sin conocerlo. Ya en el período carolingio se hizo la primera tentativa de renovación de la Orden benedictina, volviendo a la severidad de sus primeros días. Un noble, monje del monasterio de Saint-Seine, descontento con la rutina viciosa de la casa, pidió y consiguió retirarse a una de sus tierras, Aniano, en el sur de Francia, para fundar allí un monasterio según sus deseos. Se llamaba Benito y se le conoce en la historia por Benito de Aniano. Monjes suyos pasaron a colonizar otros monasterios para dar ejemplo con su celo en aquellos donde se había perdido la tradición benedictina. El mismo Benito de Aniano marchó a Alemania para fundar otra casa cerca de Aquisgrán y allí murió el año 822.

Para Benito de Aniano, el remedio contra el desorden y la relajación que reinaban en muchas casas benedictinas de su tiempo era reglamentar la vida de los monjes, prohibiéndoles interpretar la *Regla* según su gusto y

medida. Para conseguirlo redactó un *Codex Regularum* y una concordancia o comentario de la *Regla* de San Benito. Emperadores como Carlomagno y Luis, magnates como Guillermo, duque de Aquitania, apoyaron a Benito de Aniano con toda su autoridad, pero la reforma no tuvo consecuencias porque faltaba lo esencial, que era la aplicación de la disciplina por una autoridad superior, ajena a la comunidad. Los monasterios benedictinos continuaban siendo a modo de células del todo independientes y pronto volvieron a caer en su anterior degradación.

Más trascendental y duradera fue la reforma iniciada con la fundación del monasterio de Cluny, el año 910. Desde el primer día fue Cluny el heredero de los esfuerzos de Benito de Aniano, aunque su segundo abad, Odón, consiguió llegar mucho más allá. Lo que se necesitaba era asociar los monasterios y que éstos no fueran autónomos, sino regidos por alguien nombrado desde fuera. Esto lo comprendió Odón de Cluny, que dio a la Orden benedictina un nuevo carácter, pero insistiendo en la austeridad y piedad prescritas por la *Regla* de San Benito. A la muerte de Odón y de su digno sucesor, Mayolo, muchos de los antiguos cenobios franceses ya dependían de Cluny, y hasta algunos de Italia y Alemania reconocían la supremacía de la joven comunidad cluniacense. En realidad, los monasterios incluidos en la reforma perdieron una independencia de la que no eran dignos; muchos quedaron convertidos en simples prioratos de Cluny; algunos pocos conservaron sus abades, elegidos ya desde ahora con el beneplácito de la casa central. Para la administración de esta vasta red de monasterios se dividió la Orden en diez provincias y, para cada provincia, se elegían dos visitadores, o inspectores, en el concilio general que se celebraba anualmente. Los visitadores dependían del abad de Cluny, no habiendo posibilidad de desviarse poco ni mucho de su obediencia.

La gigantesca organización internacional de los monjes cluniacenses se consolidó, aunque parezca extraño, con la ayuda que prestaron a la reforma los gobernantes de todos los países. Esto solo indica la desmoralización a que debían haber llegado las casas benedictinas hacia el año 1000, ya que el abad Odón había obtenido el privilegio de que Cluny y sus sucursales no estuvieran sujetas a ningun poder civil ni eclesiástico, más que al del papa. Por otra parte, sus abades supieron mantener vigorosamente su personalidad y el carácter y disciplina de esta institución poderosa, que en los siglos XI y XII fue el mejor instrumento de la obra de los papas en la reacción civilizadora del Occidente. La independencia de Cluny, en la lucha del Imperio con el papado, dio lugar a velados reproches y quejas por parte de Hildebrando en sus cartas al abad Hugo; pero acaso su misma independencia aumentó el crédito de la confederación de los monasterios cluniacenses que de él dependían. El papa Urbano II fue elegido posiblemente porque había sido prior de Cluny. El que le sucedió en la silla pontificia, Pascual II, también era cluniacense; su sucesor, Gelasio II, fue a morir a Cluny, y Calixto II fue elegido en la misma abadía. Son, pues, cuatro pontificados, que van del 1088 al 1124, en los que la influencia de Cluny aparece predominante en la Iglesia romana. Poco a poco, su misma pujanza hubo de perjudicarle; ésta inevitablemente iba aparejada con riquezas, abundancia y aun poder político, cosas poco favorables a la vida espiritual, y más deplorables aún porque Cluny entonces representaba a casi toda la Orden benedictina, la única todavía en Occidente.

Así no es, pues, de extrañar que los espíritus verdaderamente deseosos de quietud y soledad se fuesen a vivir otra vez a los yermos para consagrarse a prácticas que recuerdan las de los primeros monjes cristianos. Varias



San Hugo, abad de Cluny desde 1049 a 1109, resucita a un muerto en presencia de los monjes y de los acompañantes del difunto; miniatura francesa del siglo XII (Biblioteca Nacional, París). Hugo, consejero de papas y emperadores, no fue sólo un santo, sino un prudente moderador en las luchas entre el pontificado y el Imperio.

LA ARISTOCRACIA Y LOS MONASTERIOS

He aquí un texto de uno de los mejores testigos de su tiempo, finales del siglo XI, llamado Guibert de Nogent: "En medio de tantos ejemplos, la nobleza se apresuraba a someterse a una pobreza voluntaria y, comparando los monasterios a los que se retiraba con las cosas que había despreciado, se aplicaba a la piadosa empresa de atraer a los demás. Así, mujeres de alto rango renunciaban a sus matrimonios con hombres ilustres y, olvidando sus tiernas afecciones maternales, llevaban a esos lugares todas sus riquezas y se entregaban enteramente a los ejercicios eclesiásticos. Aquellos que no podían abandonar del todo sus posesiones sostenían con importantes donaciones a los que habían renunciado al siglo. Colmaban las iglesias y los altares con ricas ofrendas y así aquellos que no podían abrazar ese género de vida lo protegían y protegían al mismo tiempo a quienes se consagraban a él, ayudándoles con todas sus riquezas y esforzándose por igualarse a ellos tanto como podían... Pero, desde esa época de tan gran esplendor [Guibert de Nogent habla ahora en la primera parte del siglo XI], la maldad siempre creciente de los hombres de nuestro tiempo parece haber producido continuos perjuicios. Ahora mismo, ¡oh dolor!, las ofrendas que sus padres, impulsados por un piadoso celo, habían ofrecido a los lugares santos, hoy los hijos las vuelven a tomar enteras o intentan continuamente, por repetidas demandas, rescatarlas, desconociendo de ese modo la voluntad de sus antepasados y mostrándose hijos degenerados".

La lectura de este texto sugiere ideas nada comunes con la tradicional presentación del fenómeno monasticista de la época dorada del régimen de cristiandad. Pero en él se contiene un esquema del proceso de penetración llevado a cabo por los ideales cristianos a través de la vida señorial y de los ideales naturalistas, y que acabaría dando a la aristocracia una fundamentación sobrenatural de sus privilegios, sobre todo por medio de la caballería –el anverso de la medalla respecto de la vida monacal– y el contenido aristocrático que se introdujo en ella.

En el siglo XI, según los historiadores, se sitúa la línea donde comienza, hasta principios del siglo XIV, el período durante el cual se constituyó "un nuevo sistema de relaciones socioeconómicas y socioculturales, ordenado alrededor de las formas de vida urbana, al término del cual comenzó a adquirirse conciencia del cambio que se operaba" (J. L. Romero). Período en el que, junto al intento de predominio terrenal del papado y de las ideas imperiales, pero prescindiendo de ellas, se fueron advirtiendo unas unidades políticas que se constituían poco a poco según nuevos esquemas impuestos, no por la tradición, sino por la nueva realidad aparecida, y que lograron sobrevivir a las fuerzas disgregatorias del feudalismo o a las fuerzas hostiles de los vecinos.

Es decir, para valorar el monasticismo de la primera época feudal, o "primera edad feudal" como la llama Marc Bloch, es necesario hacerlo en la perspectiva que ofrece el estado de la aristocracia, y antes de que la liberación de los campesinos, la definitiva irrupción del "urbanismo", la aparición de los nuevos reinos nacionales a través del llamado período "feudoburgués" (Romero) logren la aparición de una nueva sociedad, que producirá unos movimientos de carácter religioso-monástico no poco diferentes.

Tras la disolución del Imperio de Carlomagno en acción mancomunada con el papado, la monarquía empezó a ser cuestionada y su poder se resintió, impugnándose el principio hereditario a favor del electivo. De esa manera fue disminuyendo la preponderancia monárquica para pasar a vivir bajo la protección de la aristocracia terrateniente y militar. La aristocracia, con su sentimiento de seguridad, y la Iglesia, que también pertenecía a ella, comenzaron a aprovechar la debilidad de la monarquía. De modo que el rápido ascenso de la aristocracia eclesiástica y un particular detrimento del poder real fueron lo característico de la primera época feudal.

Seguramente la lucha imperio-papado puede significar su más culminante expresión concreta. Y, tras desvanecerse los vínculos con el estado y ser sustituidos éstos por un sistema de lealtades personales, la fundamental inseguridad, la primacía de la fuerza, la inexistencia de un orden jurídico, la codicia, el amor por el oro y la plata, etc., fue lo característico de los grupos dominantes, entre los que se contaba la Iglesia. La subsiguiente situación de profunda crisis y de compleja confusión es lo que guiará a muchas personas a la más severa disciplina en los monasterios. Sin que en esta época los monasterios estén tan alejados de la sociedad como los que, en loca búsqueda de la independencia personal en el total abandono a la providencia divina, caracterizaron la vida eremítica durante la crisis del desaparecido Imperio romano.

No vamos ahora a desarrollar ni a desvalorar las grandes obras artísticas, los importantes trabajos realizados en torno a los monasterios. La aristocracia se retiraba a los monasterios y se dedicaba a las artes plásticas. Y, aunque en los monasterios puede encontrarse un ejemplo de vida de trabajo racionalizado en talleres ordenados y con división de trabajo, como todavía el trabajo se consideraba en parte como penitencia y castigo del pecado, no es precisamente de los monasterios de donde procede el ennoblecimiento de la vida por el trabajo.

Interesa ahora valorar esta primera relación de aristocracia y vida monacal, cuya expresión artística pueden ser las iglesias románicas, frente a los monumentos góticos, de un costo mayor y exponentes de una economía urbana. Es decir, que es necesario comprender cómo junto a una aristocracia terrateniente y militar se fue constituyendo una "aristocracia espiritual", germen y levadura de la otra. Por ello, en la mentalidad de un cluniacense o de San Bernardo se compone fácilmente la existencia de un contemplativo clérigo con uno de la "nueva milicia" (es decir, perteneciente a una Orden militar) o con un caballero.

Todo aparecía perfectamente ordenado y fundamentado sobrenaturalmente. No todo aristócrata –aunque ciertos monasterios estaban casi exclusivamente reservados a ellos– adoptaba una de esas formas de vida, pues muchos de los pertenecientes a la aristocracia "querían pensar en el trasmundo a partir de su posición privilegiada en el mundo" (Romero). Pero quien quería una vida enclaustrada monasterios tenía, y quien prefería algo diferente, tras introducirse la caballería en el espíritu de la aristocracia terrateniente y militar, ahí tenía una concepción monacal para la vida seglar. Y si gustaba de la aventura y el ansia de más y nuevas tierras, animado por el espíritu misionero gritado por los papas contra los infieles, ahí tenía cruzadas y Ordenes militares que encauzarían su nueva vocación.

J. M.ª P.

fundaciones de los siglos XI y XII revelan este mismo furor ascético. De estas fundaciones ha sobrevivido, llegando con singular renombre a nuestros días, la Orden de los cartujos, fundada por San Bruno. A últimos del siglo XI se retiró éste al desierto de la Gran Cartuja, en un rellano de los Alpes, porque lo consideró bastante apartado y con un clima bastante frío para no tentar a los que no tuvieran firme vocación de penitencia. Pero hasta de allí se marchó porque resultaba demasiado accesible y fue a morir en la tierra caliente del talón de Italia, en un lugar cerca de Squilace, que el sol y la sequedad hacen

CLUNY, ENTRE EL PAPADO Y EL IMPERIO

Desde un principio, los cluniacenses se mantuvieron en una postura muy consciente del ideal imperial. En una época en que el Imperio representaba la reforma y el avance de la cristiandad occidental y en que el papado se debatía en una larga y profunda crisis de poder y de prestigio espiritual, la posición de Cluny puede parecer asimilable a las corrientes innovadoras.

La lealtad hacia los poderes civiles mantenida por Cluny en los siglos X y XI se explica en gran parte por la misma organización de la reforma monástica. Penetrando en un país a través de sus altas esferas, el apoyo y la protección de los grandes señores es una de las armas sustanciales de Cluny. La entrada de Cluny en cada país se señala por la aproximación a los poderes temporales y la constitución de verdaderos pactos, según los cuales los monasterios reformados por los monjes de Cluny pasaban a depender de esta Orden. Muchos de los monasterios que les fueron confiados eran reales o imperiales.

Para Abbón de Fleury, el más célebre de los teóricos políticos cluniacenses, la preeminencia de la corona sobre toda otra potencia tanto espiritual como temporal es el fundamento de todo derecho público. No queriendo admitir la posibilidad de conflictos entre los dos poderes, el civil y el religioso, Abbón no delimita jamás netamente sus esferas de influencia. Esta confusión es muy propia de la postura cluniacense.

Es muy característico el trato deferente que los abades San Odilón y San Mayolo dispensaron a los grandes de la época, especialmente al emperador.

La intervención imperial en las elecciones pontificias no despertó jamás temor alguno en Cluny.

Odilón, cuando las protestas contra las pretensiones imperiales empezaron a elevarse desde todos los lados, se mantuvo perfectamente acorde con Conrado II y Enrique III.

A la muerte de Clemente II, Odilón continúa alabándole, mientras un clérigo de la Baja Lorena, Wason de Lieja, inspirado en las Falsas Decretales, declaraba que el emperador no debía intervenir en los asuntos de la Iglesia, que Clemente II no era papa y que Enrique III lo había escogido porque no podía obligar a Gregorio VI a reconocer su matrimonio no canónico.

Cuando Enrique III hubo depurado la Santa Sede (1046) y elegido a Clemente II, Odilón, que acababa de llegar a Roma, lo declaró, sin duda alguna, "un hombre apostólico". Y, sin embargo, Gregorio VI era el papa legítimo, según los reformistas, y Enrique III lo depuso por las necesidades de su causa.

Mientras, Wason de Lieja proclama que el papa sólo procede de Dios, y después de la muerte de Clemente II declara inútil la elección, puesto que Gregorio VI continúa siendo papa legítimo.

Odilón se aproxima cada vez más al emperador y a su papa, a quien presta su asistencia en el concilio antisimoníaco; los cluniacenses y el emperador jugaron el papel principal en estas reuniones.

De Otón I a Enrique III, Cluny asiste con simpatía a las diversas intervenciones imperiales en favor de la reforma de la Iglesia. Cuando, bajo Esteban IX, el movimiento se orienta de la reforma a la libertad de la Iglesia, Cluny deja de apoyar al papado.

Bajo Hugo, Cluny conoce el apogeo de su poder, convirtiéndose en una vasta organización internacional completamente independiente: es la época de la penetración en Castilla.

Bajo San Hugo, la actitud de neutralidad en el conflicto entre emperador y papa es muy sintomática. Incluso durante la querella, Hugo continúa sus relaciones con Enrique IV, de tal modo que incurre en excomunión. Ésta no será levantada hasta pocos días antes de la llegada de Enrique a Canossa.

Hasta Inocencio II (1130-1143), los cluniacenses no se adhirieron como cuerpo a la tesis gregoriana. Pero en este momento, Cluny está ya fuera de la gran historia.

más ingrato que la helada planicie de la Gran Cartuja. Las *Consuetudines,* o Reglas de los cartujos, no se redactaron hasta 1125, unos veinte años después de la muerte de San Bruno. En las *Consuetudines,* el número de monjes se limita a doce por monasterio, con dieciséis conversos y algunos pastores y labriegos. Así se evitan las peligrosas aglomeraciones de los cluniacenses, y sobre todo la pobreza individual de cada monje debe ser absoluta; total la abstención de carne; soledad y silencio son las virtudes capitales de los cartujos.

No es posible considerar la fundación de la Cartuja como algo que pueda interesar a la humanidad entera. Algunas almas extremadas preferirán siempre estos retiros del mundo, donde no llega a haber ni fraternidad entre los monjes, pero la mayoría de las gentes encontrarán la perfección dejándose llevar por el amor cristiano que siente cada hombre naturalmente por sus semejantes. Hubo que esperar todavía otro siglo hasta llegar a este



Rincón del patio interior del actual monasterio de Cluny, con la torre octogonal al fondo.

santo equilibrio entre el amor a Dios y el amor a sus criaturas... Y éste es el siglo que va de San Bruno a San Francisco de Asís.

Durante este siglo la tendencia hacia algo más perfecto se manifestó en el propósito de reformar otra vez la Orden benedictina. El año 1098 el abad del monasterio de Molesmes, Roberto, con seis de sus monjes, descontentos de la manera de interpretar la *Regla* de San Benito los otros monjes de su casa, marcharon al desierto del Cister y se aposentaron en humildes refugios de madera. Al cabo de un año, el abad de Molesmes fue llamado otra vez a su puesto y le sucedió Alberico, quien obtuvo del papa la aprobación de la nueva Orden, si es que así puede llamarse a la reforma del Cister. Por esta época, Alberico y sus monjes no se proponían más que vivir según la letra y el espíritu de la regla de San Benito, pero el tercer abad del Cister, que fue un monje inglés llamado Esteban Harding, dio a la Orden en 1119 la constitución conocida por *Carta Charitatis*, que realmente cambió el carácter de los benedictinos de sus monasterios.

Como de la casa madre habían salido ya en 1119 cuatro grupos de monjes para fundar cuatro casas: las de Ferté, Pontigny, Clairvaux y Morimond, se les reconoció a sus abades especial preeminencia en los capítulos de la Orden, pero hasta estos cuatro dependían del abad del Cister. Ellos, a su vez, tenían autoridad sobre las casas filiales que se habían formado con monjes salidos de sus monasterios y los abades de éstos tenían autoridad sobre los que ellos hubiesen a su vez fundado. Esta autoridad no era absoluta, como la que ejercía el abad de Cluny por medio de sus visitadores. El abad del Cister tenía derecho a "visitar" Pontigny y Clairvaux y sus dos her-

Vista aérea de la Gran Cartuja, el primer monasterio de los cartujos fundado por San Bruno en 1084 en un valle inhabitado de la diócesis de Grenoble. En su historia ha sufrido sucesivas destrucciones y reconstrucciones. La mayoría de las actuales edificaciones datan de la segunda mitad del siglo XVII.



manas, pero el abad de Clairvaux era visitador de Trois-Fontaines y de Fontenay, y el abad de Trois-Fontaines visitaba un gran número de filiales. Hasta el abad del Cister estaba amenazado de la visita del grupo de los cuatro abades de sus cuatro primeras colonias. El único privilegio verdaderamente importante que estaba vinculado a la casa madre del Cister era que allí debían reunirse los capítulos anuales de la Orden.

Con el sistema de la gradación de jerarquías del Cister se pretendió evitar la falta de iniciativa y libertad de acción a que conducía el régimen centralizado de Cluny. El Cister, además, insistía en condenar el lujo y el fausto de las casas cluniacenses. Los cistercienses debían manifestar su desdén por los ornamentos: las cruces serían de madera pintada, los candelabros de hierro, los campanarios de madera y sin alturas presuntuosas; nada de vidrieras de colores en las iglesias de los monasterios. Estas debían estar todas dedicadas a la Virgen María, porque Ella era la patrona de la casa de Solesmes, donde se había iniciado el Cister, y también para evitar cultos fantásticos, una de las causas de la corrupción de Cluny: una abadía cluniacense francesa creía poseer el cuerpo de San Lázaro, otra se preciaba de guardar el de la Magdalena... y allí acudían los candorosos peregrinos y se acumulaban las riquezas.

Los monasterios del Cister no necesitaban de donativos, porque estaban rodeados de granjas que los monjes dirigían y administraban. En cada granja vivía una familia de labriegos, y los monjes acudían allí, sólo de día, para cuidar de que los trabajos del campo fuesen ejecutados debidamente; pero no se toleraban iglesias ni cementerios en las granjas para evitar que la comunidad se desparramara por estos sitios. ¡Qué interesantes resultan hoy estos experimentos de vida "contemplativa"! En nuestros días, cuando estamos deseosos de una organización social que acabe con el individualismo feroz de lo que se llama "lucha por la existencia", los esfuerzos de estos monjes cristianos para vivir en común sin perjudicar a nadie, parecen más modernos que el maquinismo cruel, que, abusando de la palabra libertad, trata de justificar los atropellos del más fuerte. Pero observemos que no hay en la reforma del Cister ninguna nueva fuerza espiritual verdaderamente en acción; sus constituciones y hasta su historia nos dejan fríos, como las iglesias descarnadas con que los monjes cistercienses trataban de hacer alarde de pobreza. Ni la poderosa influencia de San Bernardo, que fue monje de Trois-Fontaines, ni las restricciones ascéticas y la parsimonia en el arte eclesiástico pudieron evitar la prosperidad a que tenía que conducirles su sabia organización. Las casas del Cister, con sus granjas, producían mucho y consumían poco; su número se había multiplicado: en 1153 había 343 monasterios cistercienses esparcidos por toda Europa, y un siglo después ya eran más del doble. Pero entonces la decadencia espiritual resultaba palpable ya de toda evidencia, puesto que, como es natural, las riquezas habían obrado también en ellos sus efectos corrosivos.

Además, el mundo había recibido un nuevo hálito del Espíritu y las gentes ingenuas y devotas no se hacían ya cistercienses, sino franciscanos o dominicos. Se habían roto las vallas y forzado las barreras de las convenciones, de los prejuicios y de la misma tradición monástica; el Evangelio se había predicado otra vez a todas las gentes con un ímpetu y simplicidad que a todo el mundo inflamaba. Nada de poner el vino nuevo en odres viejos, nada de mejorar instituciones ya caducas, sino la enunciación de las simples verdades



San Bruno en actitud de pedir silencio, por Francisco Ribalta (Museo Provincial de Bellas Artes, Valencia). Fundador de la Gran Cartuja, tuvo que trasladarse a Roma llamado por su discípulo el papa Urbano II. Pero Bruno logró al fin retirarse a la soledad de Della Torre, desde donde irradió su espiritualidad.

Fachada de la abadía de Cassamari, en el Lacio, fundada por los cistercienses en el siglo XII. Los monjes blancos llegaron a Italia en 1120 y en algunas ocasiones, como en ésta, se establecieron en antiguos monasterios benedictinos.

evangélicas, eternas e imprescriptibles. Las grandes novedades fueron que mientras cistercienses y cartujos residían en monasterios en despoblados, los frailes mendicantes instalaban sus conventos dentro de las ciudades. Los frailes ya no cultivaban las tierras, sino que vivían de sus servicios y sus enseñanzas.

El primer exponente, el portavoz de este gran movimiento de espíritu fue el *Pobrecito* de Asís: San Francisco. Debió de nacer hacia el 1182, aunque no sabemos la fecha exacta; lo demás de su vida es bien conocido: sus discípulos nos dejaron biografías casi contemporáneas. Su padre, Pedro Bernardone, era un mercader de tejidos, y el niño, hijo único, nació cuando él se hallaba en París, viajando por sus negocios. La madre bautizó al muchacho con el nombre de Juan, pero su padre, al llegar, le llamó "el francés", Francesco, porque había nacido mientras él estaba en Francia. La juventud de Francesco, o Francisco, no fue muy diferente de la de los otros muchachos de su clase en Asís. A los veinte años, en una de las guerras entre ciudad y ciudad tan frecuentes en Italia, fue hecho prisionero y permaneció cautivo un año en Perusa, la ciudad rival de Asís, al otro lado del llano. Es de creer que en la cárcel de Perusa tuviera Francisco sus primeras revelaciones. Cuentan que decía a sus carceleros: "Algún día todo el mundo me respetará".

Después de rescatado, Francisco volvió por corto tiempo a su vida anterior de distracción y placeres, pero una segunda prue-



SIGNIFICACION DE CLUNY Y DEL CISTER

Cluny supuso un fuerte paso de purificación y de marcha hacia delante. Su más significativa actuación estuvo a favor de la liberación del papado de las maquinaciones del Imperio, quien, por otro lado, antes había salvado a la Iglesia de las maquinaciones de un patriciado romano ambicioso. Así, el movimiento cluniacense buscó redignificar a la Iglesia con una fundamental reforma de tipo moral, atacando toda forma de simonía o nepotismo, tan característico en multitud de sedes episcopales. Cluny pensaba que toda autoridad debía subordinarse a la del papa, y para ello comenzaron los monasterios a sustraerse a toda propiedad de tipo feudal, temporal o espiritual, sometiéndose directamente a la Santa Sede, a la que pagaban un tributo feudal. Así se superaba la inestabilidad monacal de la época carolingia. Y la Iglesia, ya rica desde las inmunidades tributarias posconstantinianas y desde las expropiaciones de los primeros carolingios, fue haciéndose más rica y poderosa. La acumulación de tierras por vía de cesiones y titulos de posesión logrados por el respeto que aquel cristiano mundo sentía por la Iglesia cerraban el círculo, en el que no era posible ver, en el siglo XII, ni una tierra alodial.

Por influencia cluniacense, el papado fue saliendo de su oscuridad. El sistema de elección secreta daba luz al papado y fuerza consiguiente para la lucha antiimperial, a favor de una autoridad universal y de un ecuménico orden cristiano feudal. El papa comenzó a tener una especie de corte, los cardenales, en principio mayoría cluniacense. Varios cluniacenses ocuparon la sede papal. Cluny podía ser ejemplo de seguridad y perfección, a la par que de fuerza e influencia. Piénsese que en el mismo período Cluny tuvo ocho abades y Roma cincuenta y cinco papas. Y desde 910, año de su fundación, al siglo XII llegó a poseer veintinueve abadías, noventa prioratos y trescientas cuarenta iglesias, con un total de unos cinco mil monjes.

En Cluny también se rezaba mucho. Por eso la reacción cisterciense reprochaba a Cluny haber desatendido el trabajo. Contra la actividad de los cluniacenses y su participación en un cierto naciente intelectualismo, apareció también el reproche que les culpaba de excesiva preocupación terrestre.

Todo ello, junto al esfuerzo por igualar en nobleza al eclesiástico y al barón, que acabó afirmando la superioridad de la vida contemplativa sobre la vida activa, nos lleva de la mano a las formas del más decidido *contemptus mundi* (desprecio del mundo) y a la huida de toda actitud semejante a la del *temerarius scrutator,* como decía San Bernardo. De esta manera, tras la captación de la aristocracia terrateniente y militar por la caballería y la igualación del eclesiástico o monje con el caballero, apareció San Bernardo y el Cister, con toda una teoría de comportamiento frente al servil y amargo mundo, con una ascética de desprecio hacia la mujer (símbolo de las tentaciones que el hombre sufre), la juventud (edad del pecado) y con la única preocupación de salvar el alma por el camino más directo, el cual era la soledad monacal. San Bernardo, símbolo y prototipo de la lucha contra el pecado y la tentación, empedernido defensor del orden establecido, decía: "El oficio de un religioso es llorar".

Dentro de estas perspectivas, en las que "nacimiento ilustre, belleza física, elegancia de formas y maneras, penetración de espíritu, en fin, saber y probidad" no tenían ningún valor duradero, siendo necesario intercambiar la soberbia y gloria humanas por la "sabia estulticia de Cristo", habían aparecido ya antes de San Bernardo movimientos decididos a extremar los rigores de la regla monástica ante la insuficiencia ofrecida por los cluniacenses. De esta manera, a través de los camaldulenses y de Vallombreuse, de los monasterios de la Cartuja y de Citeaux, la vida eremítica apareció en una Europa cada vez más sensible al cambio que se iba produciendo en su seno.

Precisamente cuando empezaba a institucionalizarse el orden cristiano feudal, ya en el siglo XI, el sentimiento de inestabilidad fue acrecentándose y las soluciones hasta entonces ofrecidas comenzaban a resultar insuficientes. El inconformismo comenzó a ser manifestado. Y, a pesar del replegamiento monástico, el mismo sentido reformista de Cluny suponía un decidido ataque a la Iglesia feudal. Su sentido reformista no podía ser suficiente para las clases no privilegiadas, pero, a partir de una no disimulada crisis y confusión religiosa, con las bases de ataque que para unas y otras tendencias, radicales o no, suponían la simonía, el nicolaísmo, las diferencias enfrentadas que el conflicto imperio-papado permitía manifestar con claridad y con radicalidad incluso, la guerra y la anarquía..., todo ello fue brindando las condiciones favorables para un desafío de las nuevas clases a los sectores privilegiados, sin excluir los monasterios y sus abades.

Naturalmente, los movimientos antiseñoriales e insurreccionistas aprovechaban las oportunidades del movimiento reformista monacal, y si el clero secular estaba más adherido al sistema feudal, los nuevos grupos sociales formaban junto a los monjes. Pero tampoco éstos iban a quedar inmunes al plantearse de manera radical y organizada la cuestión de por qué había que admitir el orden tradicional. Los burgueses de Sahagún se preguntaban: "¿Quién dio que el abad y los monjes se enseñoreen a tantos nobles barones y tan grandes burgueses? ¿Quién dio, asimismo, que ellos debieren poseer tales e tan grandes tierras, campos e viñas e güertos?". Y el conde de Nevers decía a los burgueses de Vézelay: "Si os declaráis por nosotros, si os asociáis a nuestro poder, no tendréis que cuidaros más de los vanos ruegos de los monjes ni de los frívolos socorros del abad; y teniendo desde entonces en plena seguridad y libertad la facultad de ir y de volver a donde queráis, gozaréis de una seguridad perpetua, tanto para vuestras personas como para vuestros bienes". Y los burgueses de Vézelay dijeron un día al prior: "Pues nos excomulgáis sin haberlo merecido, obraremos como excomulgados y, en consecuencia, desde este momento no os pagaremos más ni los diezmos, ni el censo ni las otras rentas ordinarias".

J. M.ª P.

ba, una grave enfermedad, le obligó a meditar nuevamente. Ya en la convalecencia propúsose emplear su vida en algo heroico. Asís parecía pequeño para él y marchó a alistarse en la tropa de un guerrillero famoso, pero recayó en su enfermedad y se vio obligado a regresar a su casa. Desde este momento el carácter de su revelación se manifestó claro: para impedir que se ahogara con distracciones, Francisco recluíase en lugares escondidos; como un enamorado, decían las gentes. "Sí –respondía él–, y pronto veréis a mi esposa, más bella y más pura de cuanto podéis imaginar."

Su esposa iba a ser *Madonna Povertà,* como llamaba Francisco a la pobreza evangélica. En esta época de iniciación y pruebas, Francisco hizo su primer viaje a Roma. La leyenda cuenta muchas anécdotas de su visita a las tumbas de los Apóstoles, y a los hospitales y leproserías, pero lo más interesante es que, en esta ocasión, Francisco no perdiera su



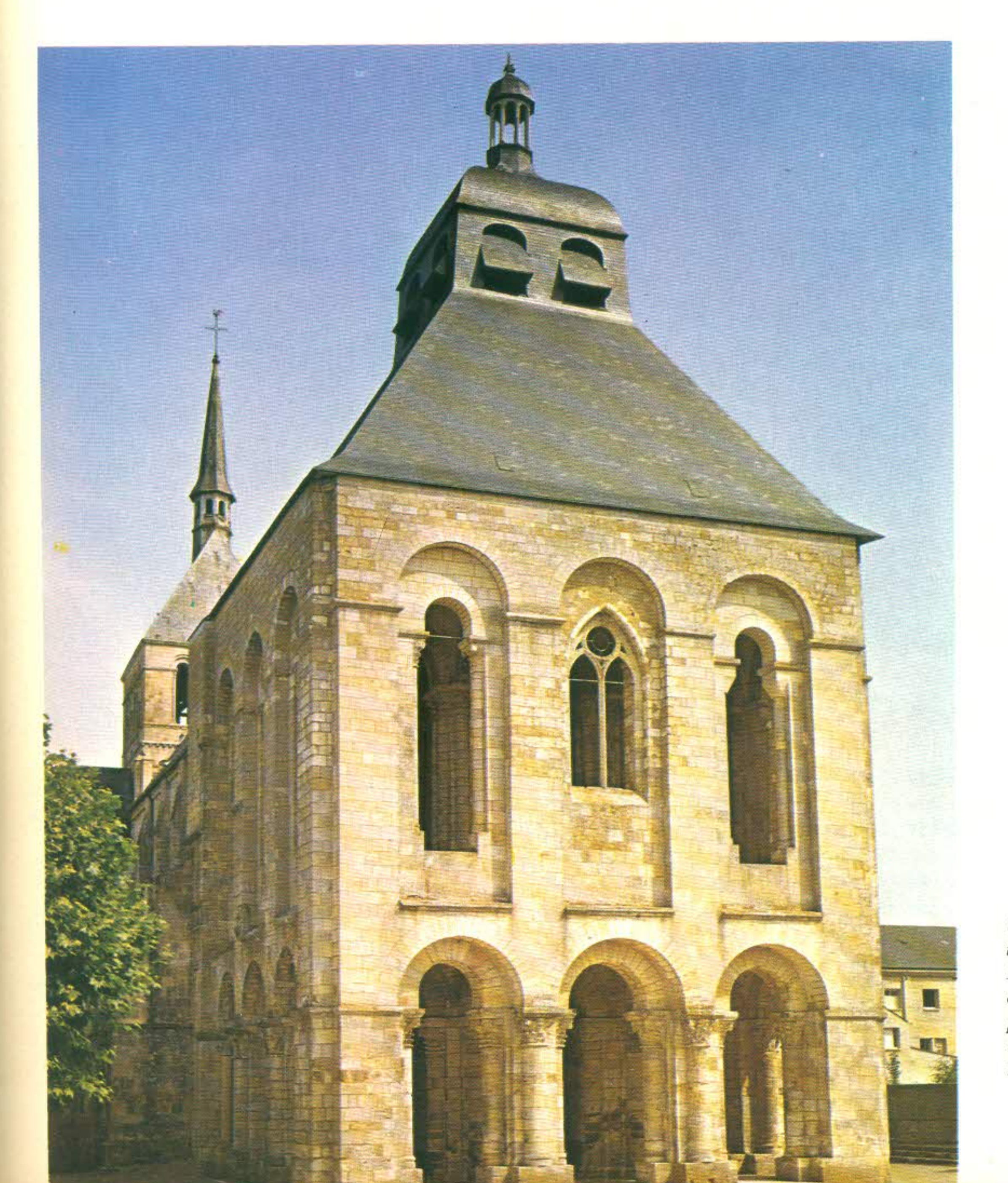
confianza en las instituciones eclesiásticas. Vería grandes abusos y sentiría la necesidad de corregirlos; pero en lugar de alzarse con ideas de reforma, Francisco comprendió que la verdadera reforma debía ser la de las conciencias y que su misión era imitar al Cristo, no como Juez, sino como Buen Pastor. Y he aquí ya salvado un primer peligro: hubiera podido ser un Juan Huss o un Juan Knox, un "protestante", pero no..., fue Francesco, el pobrecito de Asís, y apoyó a la Iglesia que se tambaleaba. Cuando más tarde el *Poverello* se presentó con un reducido número de frailes menores a Inocencio III, éste exclamó: "Verdaderamente éste es el hombre llamado a sostener y reparar la Iglesia de Dios". Y en justificación de tales palabras, el papa explicó que, un tiempo atrás, un día en que los males de

Ruinas de la abadía de Melrose, el primer monasterio fundado por los cistercienses en Escocia el año 1136. Por estar enclavado en un paso natural, fue destruido por sucesivas invasiones y reedificado, en una ocasión gracias a la generosidad del famoso Robert Bruce, a principios del siglo XIV.

la Iglesia tenían abatido su ánimo, había visto, como en sueños, a un mendicante sosteniendo la basílica de Letrán, que se tambaleaba desde sus cimientos y amenazaba desplomarse.

A su regreso a Asís, Francisco empezó por dar pruebas de esta convicción suya, poniéndose a restaurar iglesias y capillas que amenazaban ruina. Pedía piedras, las llevaba en serones, y con ellas reconstruía el templo de Dios, una humilde capilla al lado del camino, San Damián, que después fue convento. Esta devoción y su extraño afán por vestirse de andrajos irritaron a su padre y le hicieron objeto de la burla de los muchachos de la ciudad. Pero, en cambio, el crucifijo de la capilla de San Damián le miraba con ojos compasivos. El recuerdo de la pasión de Cristo le llenaba de angustia: "Yo debería ir por el mundo –decía Francisco– llorando por la pasión y muerte del Señor". Y éste fue el segundo peligro: convertirse en un *piagnone,* o llorón, disciplinándose como un penitente o encerrándose para meditar, como había hecho San Bruno... Pero tampoco llegó a ser eso Francesco, sino mucho menos y, por tanto, mucho más.

Su padre renego de él y Francisco se presentó en la plaza desnudo: "Escuchad –gritó–: hasta ahora he llamado padre a Pedro Bernardone... Desde este momento nadie será mi padre más que el Padre nuestro que está en el cielo". Por fin, un día, en otra capilla del llano, al pie de Asís, llamada la *Porciúncula,* oyó a un clérigo recitar estos versículos del Evangelio, que confirmaron su direc-



Una de las fachadas de la iglesia románica de Saint-Benoît - sur - Loire, antigua abadía de Fleury, famosa por guardar en ella el cuerpo de San Benito, sustraído a Montecassino.

LOS MOVIMIENTOS DE REFORMA MONASTICA: DE LA FUNDACION DE CLUNY A LA DE CITEAUX (910-1098)

910 Fundación del monasterio de Cluny por el duque Guillermo de Aquitania. Bernon, su primer abad (911-926), organiza la vida comunitaria según la regla benedictina reformada por Benito de Aniano en la época carolingia.

914 Fundación del monasterio de Brogne, sujeto a la regla benedictina y centro de un vigoroso movimiento de reforma en Flandes y Baja Lotaringia.

926-942 San Odón, primero de los grandes abades de Cluny, establece las bases de la potencialidad cluniacense. No se trata de llevar una vida ascética, sino de purificar la Orden benedictina: la falta de trabajo material y la prolongación y enriquecimiento de la liturgia son dos características esenciales de Cluny.

931 El papa Juan XI confirma la fundación de Guillermo de Aquitania y otorga a Cluny la plena inmunidad, libertad para designar su abad y la autoridad sobre los monasterios que aceptan su regla. Cluny, bien adaptado a las condiciones de la vida en la época feudal, se independiza de los poderes temporales y de los obispos.

933 Juan de Gorz introduce la reforma monástica en la Alta Lotaringia.

938 La abadía de Gorz obtiene libertad para designar su jefe.

942-954 Aymard, abad de Cluny.

954-994 San Mayolo gobierna Cluny, que, a través de la emperatriz Adelaida de Borgoña, entra en estrechas relaciones con el naciente imperio y la dinastía sajona. Los Otones protegerán la abadía, favorecerán su acción reformadora y tendrán en los abades de Cluny a unos consejeros fieles.

994-1049 El apogeo de Cluny, bajo el influyente San Odilón, coincide y coadyuva al apogeo de la acción imperial de reforma del pontificado bajo Enrique III.

1048-1054 Bajo el pontífice León IX, los reformadores loreneses se instalan en Roma. El ideal imperial de reforma de la Iglesia empieza a no coincidir con las aspiraciones pontificias a la liberación.

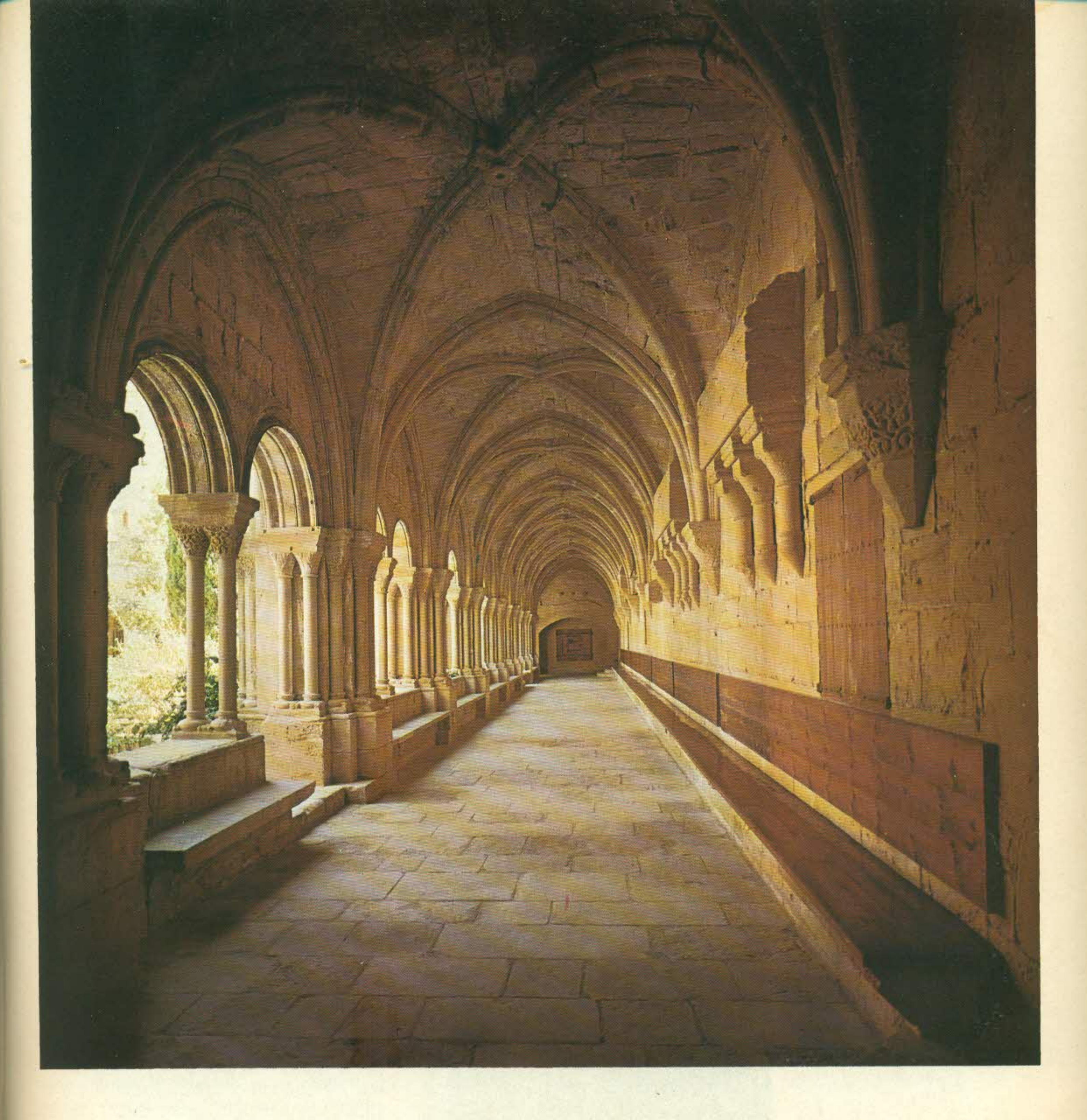
1049-1109 San Hugo, abad de Cluny. Tras el apogeo de la influencia política cluniacense en Roma y el Imperio, Cluny conoce, bajo Hugo, una expansión de sus actividades por todo el occidente cristiano, especialmente en Castilla. La Orden cluniacense se convierte en una vastísima red de monasterios, con gran influencia sobre los señores locales.

1077 Iniciada la lucha de las investiduras entre Gregorio VII y Enrique IV, San Hugo se mantiene junto al monarca, sirviendo de mediador en Canossa, después de un momento de violenta ruptura con Roma. Con un equilibrio asentado en la identidad de objetivos entre papa y emperador, Cluny ve tambalearse sus propios cimientos: la actitud indecisa de los cluniacenses en el conflicto prepara la decadencia del sistema.

1098 Como culminación de una larga obra de reforma monástica desarrollada a lo largo de todo el siglo XI y animada por figuras tan significativas como San Romualdo y Pedro Damián, se funda el nuevo centro de Cister (Citeaux) por Roberto de Molesme. La Orden cisterciense, dentro de la rigorista línea que anima a la reforma gregoriana, se presenta como una simple vuelta a la regla de San Benito, una rectificación de la desviación cluniacense acudiendo a las fuentes.

Como síntesis de los hechos referidos, se puede decir que Cluny significa la continuidad y la culminación de un monaquismo adaptado a la existencia de un emperador que dirige la vida de la cristiandad y orienta la acción del papado; esta fórmula, nacida en época carolingia y renovada en época de los Otones, entra en crisis al mismo tiempo que desaparece la identidad entre papa y emperador. En este sentido, la época que precede al estallido de la lucha entre Gregorio VII y Enrique IV es esencial y señala el desplazamiento del centro del movimiento de reforma monástica desde Cluny –a pesar de que éste es su momento de máxima irradiación– hasta las fórmulas ascéticas en la línea de San Romualdo y Pedro Damián. Una primera gran etapa de esta dirección gregoriana hacia un perfeccionamiento del monaquismo es la aparición de los cistercienses. Pero del mismo modo que la reforma del papado en el siglo XI fue promovida por el emperador y luego se volvió contra él, asimismo el rigorismo gregoriano, animado en principio desde el solio pontificio, culminará en los radicalismos anticlericales y antijerárquicos de finales del siglo XII, en los límites mismos de la ortodoxia: por un lado, Pedro Valdo; por el otro, San Francisco.

ción: "Id y predicad que el reino de los cielos está cercano. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos y echad a los demonios; hacedlo de gracia, como de gracia lo habéis recibido. No llevéis oro ni plata, ni cobre, en los bolsillos. Ni dos túnicas, ni zapatos ni cayado, porque el trabajador merece su sustento...". Y "pedid y se os dará". La pobreza absoluta, la confianza en que el que da de comer a los pájaros y viste a los lirios del campo cuidará de nosotros, fue la "buena nueva", el "reino" que San Francisco tenía que anunciar. Predicó la pobreza toda su vida, la practicó y la hizo practicar siempre que pudo, siempre que se halló rodeado de almas cristianas como la suya..., que no siempre lo estuvo. Habrá otras virtudes franciscanas, como la humildad, la mansedumbre, la paciencia, pero la pobreza es más que una virtud, es la compañera fiel, la guía y la esposa del alma de Francisco, que no transigió nunca en este punto fundamental del Evangelio. Muy probablemente, Francisco hubiese preferido que sus dis-



Ala del ciaustro del monasterio de Poblet, fundado en 1150. Desde que Alfonso VII se decidió a favorecer a la Orden del Cister, España se pobló de monasterios. Los años centrales del siglo XII registran gran cantidad de fundaciones, muchas de ellas simultáneas.

cípulos vivieran sin morada fija, en celdas provisionales hechas de barro y cañas, y caminando siempre de dos en dos, pidiendo limosna. Podían predicar, con el consentimiento de las autoridades eclesiásticas, pero la mejor predicación debía ser su conducta y su ejemplo. Más tarde, cuando se hizo necesario el convento, Francisco insistió en que la pobreza absoluta debía ser no sólo individual, sino que la comunidad entera no debía poseer nada. Cada noche debía repartirse entre los pobres cuanto había quedado de dinero o provisiones en el convento; por la mañana, Dios enviaría sin falta el regular sustento. Y, en verdad, nunca faltaba la providencial limosna por la mañana: a veces llegaba por caminos que "el mundo" considerará maravillosos, pero que Francisco, como para su maestro Jesus, eran el régimen natural de las cosas del Padre. ¡Un padre no dará una serpiente al hijo que le pide pan!

Hasta personas "espirituales", que protegían y admiraban a Francisco, dudaban de la posibilidad de mantenerse sin reservas para

San Francisco de Asís, según detalle de una de las pinturas de Cimabue en la iglesia inferior que tiene dedicada en su ciudad natal. El hecho de que el pintor hiciera esta obra menos de un siglo después de la muerte del santo, nos induce a creer que tuvo medios a su alcance para darnos una auténtica imagen del "Poverello".

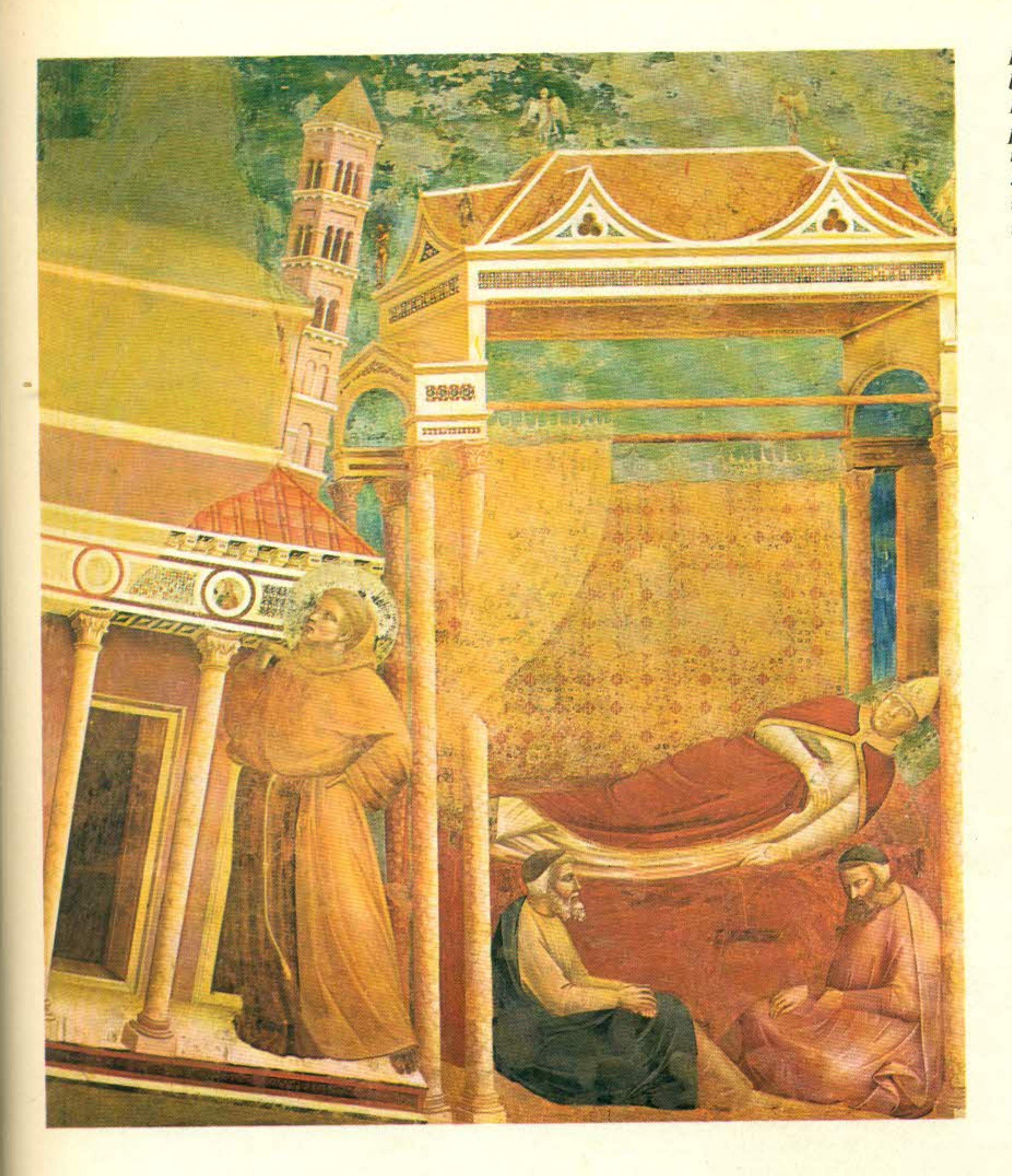


los que se llaman "casos de necesidad". El año 1216, Santo Domingo de Guzmán, que por entonces andaba preocupado en la organización de la recién fundada Orden de dominicos, asistió al primer capítulo de los franciscanos, llamado "el capítulo de las esteras" porque asistieron cinco mil frailes y, como no había camas para tantos, durmieron en el suelo sobre esteras. Se cuenta que lo que más sorprendió a Santo Domingo, del capítulo famoso, fue el régimen de la falta de régimen, esto es, la pobreza: el ver cómo llegaban los alimentos, cómo los campesinos acudían de largas distancias con mulos cargados de vituallas de todas clases, "pan y vino, panales de miel, queso y otras cosas buenas de comer, para los pobres de Cristo", dice el relato llamado *Las florecillas*, evidentemente complaciéndose de aquellas golosinas que llegaban para los frailes. "Los cuales –continúa aquel antiguo relato– no decían nada vulgar, ni una broma, ni una gracia, sino que se confesaban los pecados o discurrían acerca de su salvación." Y tanto impresionó este régimen a Santo Domingo que aceptó igualmente la disciplina de la pobreza. San Francisco predicó en "el capítulo de las esteras" como sigue: "Yo os ordeno por la Santa Obediencia que ninguno de vosotros se preocupe o piense en lo que necesita para comer o para las otras necesidades del cuerpo, sino en rogar y alabar a Dios y El cuidará tiernamente de lo que haga falta".

Santo Domingo quedó tan admirado de la humildad de San Francisco, que le suplicó que le hiciera presente de su cordón, y con él se ciñó hasta la muerte. Ambos santos se abrazaron, y Domingo dijo: "Hermano Francisco, yo quisiera que nuestras Ordenes se reunieran y que trabajasen en común dentro de la Iglesia...". Pero esta fusión no se llevó a cabo y cada Orden fue acentuando cada vez más su carácter: la de Francisco fue llamada de los minoritas, los ínfimos, los últimos; la de Domingo fue la orden de los predicadores, los *Domini cani* o perros del Señor.

Mucho se ha discutido si San Francisco cambió sus opiniones sobre la pobreza corporativa al crecer la Orden y hacerse patentes los peligros de vivir "del aire del cielo".

Francisco no quiso transigir, pero fue lo bastante humilde para no imponer su opinión. En el capítulo de 1218, el cardenal patrono de la Orden se hizo eco de la opinión contraria, que empezaba a tener partidarios entre algunos preeminentes discípulos de Francisco. La respuesta del santo asombra, dado su carácter, generalmente dulce. Dijo: "Hermanos, el Señor me ha escogido para que enseñe los caminos de la simplicidad y la humildad. Por estos caminos yo he enseñado la verdad. No me vengáis ahora a



Fresco atribuido a Giotto en la iglesia superior de San Francisco de Asís, que representa, entre otras escenas de la vida del santo, el sueño de Inocencio III, en que vio a San Francisco sosteniendo la Iglesia tambaleante.

hablar de la regla de San Benito, ni de la de San Agustín, ni del Cister, sino sólo de aquella que Dios se ha dignado mostrarme y por la cual Él me prometió que haría una alianza nueva con el mundo y no quiere que tengamos ninguna otra". ¿Y qué quería decir Francisco con humildad y simplicidad sino pobreza? Cuál era la nueva alianza que Dios, por ellas, le había prometido, lo dicen los párrafos que vamos a copiar de la *Regla* de los franciscanos, aprobada en 1223 por el papa Honorio III: Cap. IV: "Ordeno sin ambages y con toda mi fuerza que los frailes no deben recibir monedas de ninguna clase, sólo con la excepción de subvenir a las necesidades de los enfermos". Cap. VI: "Los frailes no poseerán tierras, ni granjas, ni otra cosa alguna; vivirán como peregrinos y extraños en este mundo, pidiendo caridad con alegría, porque el Señor quiso también hacerse pobre entre las gentes".

En su testamento, dictado pocas horas antes de morir, ciego y agobiado por enfermedades, Francisco tuvo lucidez para resumir su criterio, y entre las recomendaciones que hizo hay estas dos: "Quisimos vivir en iglesias arruinadas y fuimos ignorantes y sumisos con todo el mundo. Trabajamos con nuestras propias manos, y desearíamos que todos los frailes se ocuparan en un oficio honorable. Procuren aprender un oficio los que no lo tienen, y no para ganar dinero con él, sino para huir de la ociosidad y dar buen ejemplo. Y cuando no les paguen por su trabajo, acudan a la mesa del Señor, que es pedir el pan de puerta en puerta. El Señor me reveló el

NUEVAS TENDENCIAS MONASTICAS

En la nueva sociedad o en sus albores aparecieron dos nuevas tendencias monásticas: la de los *canónigos regulares,* clérigos pertenecientes a catedrales e iglesias en las que llevaban una vida monacal (canónigo = perteneciente al "canon" o matrícula de una iglesia), y la de las *Órdenes mendicantes.*

Sus comunes características eran las de acogerse a una regla no benedictina, sino agustiniana; insistir mucho más en la pobreza material, para lo que llegaron a concebir una vida monacal sin propiedad privada; sus intereses estaban no en el monje tradicional, sino en el sacerdote diocesano ocupado en tareas pastorales con inmediata cura de almas, con la pretensión de formar un clero más prestigiado y a la altura de su cometido pastoral, de carácter netamente extramonacal. En definitiva, fue la versión de un viejo espíritu monasticista configurado en el seno de una nueva sociedad de carácter urbano, donde ya no se necesitaba una institucionalización tan rígida como en las antiguas estructuras rurales y, tal vez, ni siquiera era posible.

Los canónigos regulares, entre los que son muy famosos los premostratenses, fundados por San Norberto y confirmados oficialmente en 1126, llegaron a ser muy numerosos, pero al ir dirigidos a un clero diocesano y sin excesiva institucionalización apenas llegaron a sobrevivir unos pocos institutos de canónigos regulares. Podrían ser considerados como un paso intermedio a la aparición de los frailes *mendicantes,* ya en pleno siglo XIII, y entre los que destacan por su importancia y secular supervivencia los franciscanos y los dominicos, fundados por San Francisco y Santo Domingo de Guzmán, respectivamente.

En realidad, estos movimientos monástico-mendicantes aparecen en momentos en que la revolución de los grupos no privilegiados es clara y manifiesta, cuando se ataca y critica abiertamente el sistema tradicional, a pesar de no tener una nueva teoría que la sustituya; cuando aparece un humorismo procaz y un anticlericalismo popular –véanse las sillerías de muchas catedrales–, a pesar de estar rodeados de un entorno indiscutiblemente cristiano, y también cuando la organización en comunas y con compromiso jurado de defenderse ataca a todos los detentadores de riqueza, aun sin poner en duda la existencia de Dios, pero con total disgusto por la riqueza de una Iglesia que como corporación explotaba a los pobres.

En esta perspectiva no es extraño que muchos, a veces guiados por sacerdotes y monjes muy en contacto con la realidad social de las masas populares, intentasen poner en práctica los tradicionales ideales cristianos de igualdad. Sólo que ahora eran buscados de manera socialrrevolucionaria y con una decidida orientación a las cosas de este mundo, sin saber eliminar a veces fanatismos milenaristas y apocalípticos. Profundamente preocupados por este mundo terrenal, sin despreciar las riquezas y con afán de repartirlas, incluso humillando a los ricos y orgullosos propietarios.

La lucha contra los que poseían las riquezas era el elemento aglutinante de las clases desposeídas. La riqueza injustamente distribuida era el tema de demagogos y de predicadores movidos por una concepción evangélica. Entre éstos, los franciscanos destacaron en sus sermones, intentando robustecer un difícil estado de ánimo creado por las condiciones económicas y sociales. Ya en el siglo XII hubo predicadores que se quejaron ante el papa porque al predicar sobre la riqueza se les declaraba sospechosos de herejía y se les reprochaba que su predicación tuviera éxito "entre los tejedores, los peleteros y no entre los grandes, como si las actividades manuales imprescindibles para las necesidades humanas fueran vergonzosas".

Pero los franciscanos, a una generación de la muerte de su fundador, ya habían amasado enormes riquezas y estaban metidos de lleno en el mundo erudito medieval. De donde no extrañará que también a veces los movimientos de masas alcanzasen a los monjes mendicantes, junto a la nobleza, ricos, judíos y demás clero.

Los dominicos tuvieron un origen menos cercano al ambiente de revuelta revolucionaria contra el orden establecido, rebelándose más precisamente contra el fracaso de los pastores que debían estar dedicados a cuidar de las ovejas que se les habían encomendado. Hábiles y encendidas prédicas trataron de llevar el evangelio al pueblo. También los dominicos, como lo evidencian su historia y la serie prematura de "reformadores", conocieron la riqueza y el compromiso con el mundo, donde destacaron por su erudición y labor teológica a favor de la situación eclesiástica establecida. Unos y otros, sensibles a las nuevas formas urbanas de la sociedad, no lograron encauzar los movimientos procedentes de lo más hondo del pueblo, el cual no cejó, a pesar de las sucesivas represiones en sus reivindicaciones, y las Órdenes mendicantes pasaron al total control y protección del cada vez más centralizado poder papal de Roma.

La ciudad, ámbito en el que se desarrolló y sistematizó la economía de mercado, tuvo en Rupert von Deutz un típico exponente de la animosidad contra ella y de las artimañas bíblicas que se fabricaban para defender, al mismo tiempo que evidenciar, su inadecuación al sistema tradicional. En las ciudades, donde sólo había injusticia, gentes de vida dudosa, etc., se daba un orden natural totalmente ajeno y profano. Por algo ni Abraham, ni Isaac ni Jacob "construyeron ciudades ni castillos; por el contrario, huyeron de las ciudades para morar en las cabañas, y construyeron lo más opuesto a las ciudades y castillos: un altar en honor de Dios".

Y Roma, con su poder papal ya más seguro que en los siglos oscuros, optó por controlar la proliferación de monasterios y Órdenes, dada la desconfianza que valdenses, mendicantes, etc., provocaron. Todas las Órdenes debían estar bajo la supervisión de la Santa Sede. Y, aunque desde los cistercienses era normal someterse a la aprobación pontificia, hasta el siglo XIII la norma de la vida monástica era la tradición. Pero desde entonces sería miembro de una Orden aquel a quien la Iglesia reconociese como tal.

El canon 13 del IV Concilio de Letrán (1215) dispuso: "Para que la diversidad excesiva de Órdenes no produzca confusión en la Iglesia de Dios, quedan en el futuro rigurosamente prohibidas las nuevas formas de vida monástica. Quien quiera entrar en el claustro, debe ingresar en una de las Órdenes aprobadas, y el que quiera fundar un nuevo monasterio, debe elegir una de las reglas aprobadas".

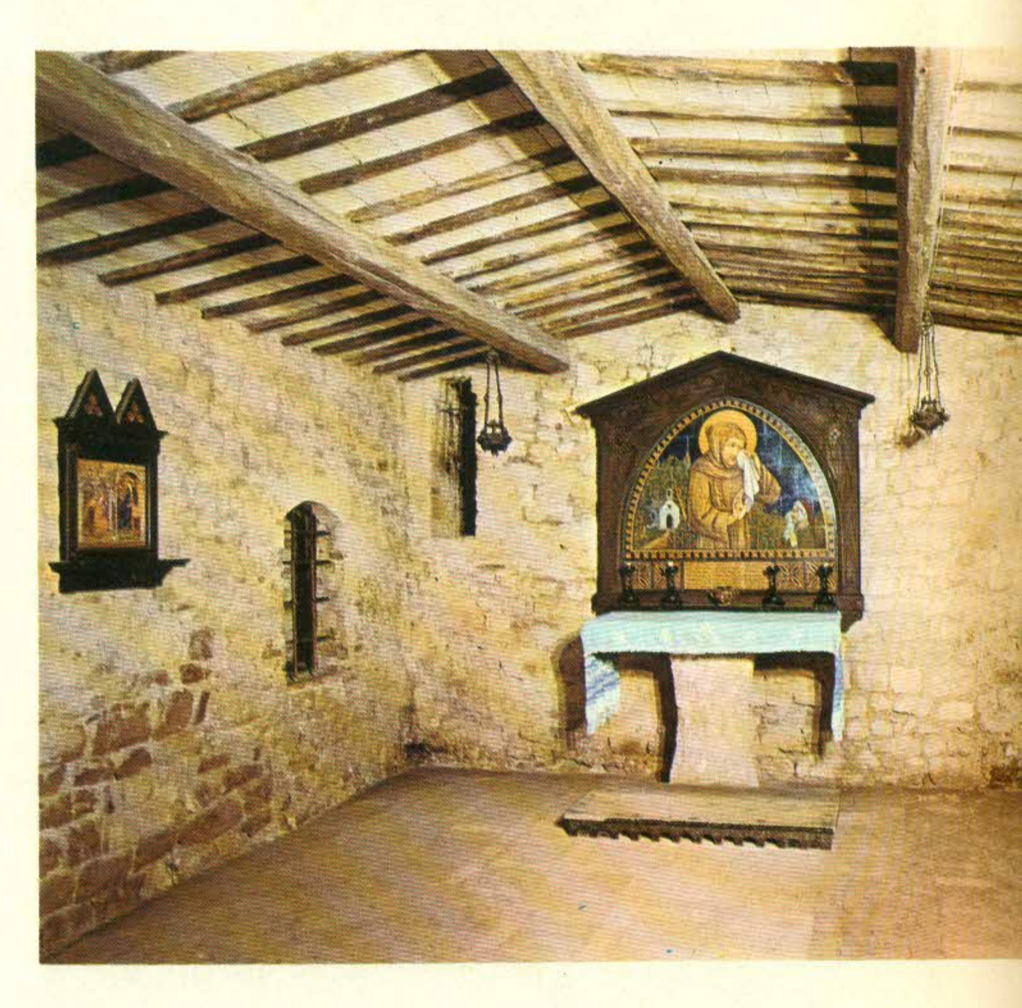
J. M.ª P.

saludo para pedir: –La paz de Dios sea con vosotros".

"Cuidad, hermanos, de no aceptar iglesias, ni casas, ni nada para vosotros, excepto lo que esté de acuerdo con el voto de la Santa Pobreza de nuestra *Regla,* y no aceptéis hospitalidad de nadie, sino como extraños y peregrinos." La pobreza no era para Francisco una cosa dura, sino como la desposada jovial que satisface todos nuestros deseos. Otros, como "los pobres de Lyon", habían predicado y practicado la pobreza, pero era para castigarse a sí mismos, para repudiar los bienes del cuerpo, lo que es casi una herejía. En cambio, para Francisco, la Señora Pobreza debía infundir alegría, pues, como toda vir-

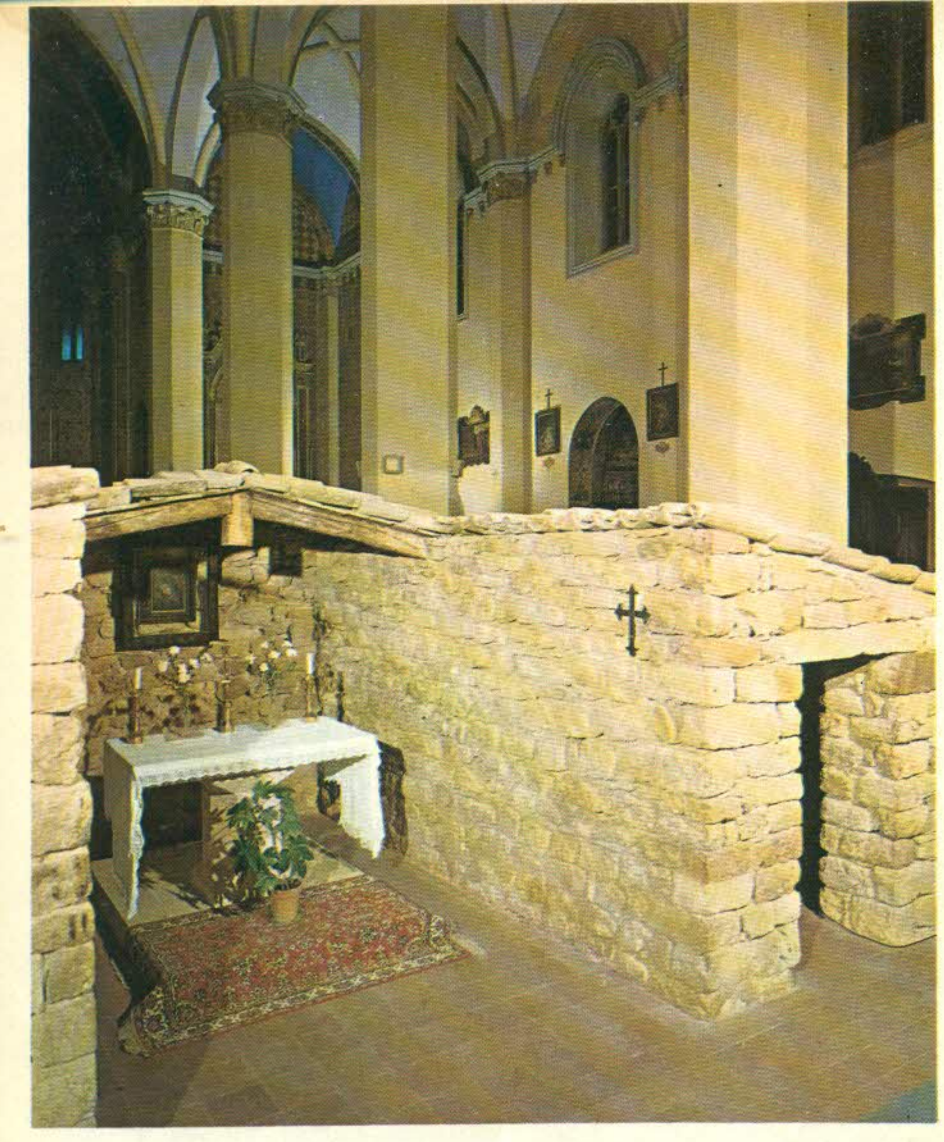
tud viviente, es la suprema delicia. "El servidor del Altísimo –dijo Francisco un día– debe cuidar de las necesidades del cuerpo con discreción para que el Hermano Cuerpo no pueda quejarse diciendo: –Ya no puedo tenerme derecho, ni rogar, ni resistir las dificultades, ni hacer buenas obras.– En cambio, si el Hermano Cuerpo fuese negligente, debería castigársele como a una mula perezosa, porque pide comida y no quiere llevar la carga."

San Francisco no condenaba la ciencia, el estudio, pero no creía que fuese el ejercicio adecuado para sus frailes. "Estos frailes míos que van llevados de la curiosidad de conocer, llegarán al día del Juicio con las manos vacías." El hubiera preferido ver a sus hermanos ir por el mundo cantando como juglares, más bien que predicando como doctores. Para animarles por este camino, Francisco, en sus últimos años, compuso un himno de alabanza a Dios y a las criaturas, que quería que sus frailes cantaran después de cada sermón. ¡Qué efecto no haría todavía hoy, si después de predicar un franciscano el amor y la pobreza, acabara entonando este cántico!: "Altísimo, Poderoso y Bondadoso Señor: – Vayan a Ti las alabanzas y la Gloria y el Honor. – Todas las bendiciones vienen de Ti, ¡oh Altísimo!, – y nadie es digno ni de



Capilla llamada del Llanto, en la basílica de Santa María de los Ángeles, no lejos de Asís. Como otras dependencias de esta basílica, se ha conservado en su forma primitiva por el valor sentimental e histórico que encierra. Allí recibió San Francisco a la joven Clara, en ella se alza la capilla de la Porciúncula y allí murió el santo el 4 de octubre de 1226.





El tugurio de San Francisco, conservado en el interior de Santa María de Rivotorto, Asís. Al regresar en 1210 de su viaje a Roma, en el que había expuesto a Inocencio III su primera Regla, el santo se retiró a esta cueva y luego pasó a otra que se hallaba en el emplazamiento actual de la Porciúncula.

pronunciar tu nombre. – Alabado seas, Señor, por tus criaturas, – y sobre todo por el Hermano Sol, este gran Señor – que nos ilumina desde el alba hasta la noche. – ¡Qué bello es y brillante! Y con su resplandor – manifiesta tu gloria, ¡oh Altísimo! – Alabado seas, Señor, por la Hermana Luna, – y las Estrellas que has puesto en los cielos; – ¡qué bellas son, y preciosas y claras! – Alabado seas, Señor, por el Hermano Viento, – y el Aire y las Nubes, y el Azul del Cielo, – y la Lluvia y el Tiempo, – con que provees por tus criaturas. – Alabado seas, Señor, por la Hermana Agua; – ¡qué útil es, y humilde, y preciosa, y casta! – Alabado seas, Señor, por el Hermano Fuego, – que alumbra las tinieblas, – y es útil y alegre y hábil, – y tan fuerte. – Alabado seas, Señor, por la Hermana Tierra, nuestra madre, – que nos mantiene y regocija – con abundancia de frutos y flores – de todos matices, y con la hierba verde...".

Desde los tiempos de Akhenatón y de los Salmos no se había hablado así. Pero mientras en el Himno del Sol, de Akhenatón, el astro es el creador de donde manan todas las bendiciones, en el *Cántico al Sol*, de Francisco, el Altísimo es el que rige los luminares del cielo, como en los Salmos, pero además los elementos amigos del hombre son nuestros hermanos. El antropomorfismo de la Creación, en el cántico de San Francisco, es tan equilibrado y palpitante porque no hace al hombre centro del universo; el Hombre es como el Sol y la Luna, y el Agua y el Viento, todos iguales, hijos de Dios.

Difícil es predecir lo que hubiera ocurrido si Francisco hubiese insistido en que sus frailes fueran todos como él en la cuestión de la pobreza. La organización conventual de los



La tumba de San Francisco en la cripta de la iglesia del santo de Asís. Visible sobre el altar y rodeada por una reja, la tumba aparece tal como fue descubierta en las excavaciones de principios del siglo XIX.

LOS MOVIMIENTOS DE REFORMA MONASTICA: DE SAN BERNARDO A LAS SECTAS HERETICAS DEL SIGLO XII

1109-1119	Ponce de Melgeuil, abad de Cluny. Bajo su gobierno se precipita una profunda crisis, alentada por su propio desequilibrio y ambición personal. Su marcha a Jerusalén deja Cluny en manos de Pedro el Venerable, quien no podrá detener la decadencia. Ponce de Melgeuil ataca Cluny con gente de armas, depone a Pedro el Venerable y reina tiránicamente, hasta que un legado pontificio excomulga a Ponce y a sus hombres y repone a Pedro.
1109-1134	San Esteban Harding, abad de Citeaux, sucesor de San Alberico.
1112	Cuando la severa regla impuesta por San Esteban y la peste amenazan con hacer desaparecer la comunidad cisterciense, entra en el monasterio Bernardo de Fontaines con otros treinta jóvenes caballeros. Se inicia la expansión de la Orden.
1113	Fundación del monasterio de La Ferté por monjes cistercienses.
1114	Fundación de Pontigny por monjes cistercienses.
1115	San Bernardo parte de Citeaux para fundar Clairvaux (Claraval). Fundación de Morimond.
1119	El papa Calixto II aprueba la "Charta Caritatis" de San Esteban Harding.
1122-1156	Querella literaria entre San Bernardo y Pedro el Venerable: la regla cisterciense va a aparecer desde este momento como una reacción contra los excesos cluniacenses.
1122	Suger, abad de Saint-Denis, apoyado por San Bernardo.
1123	Introducción del Cister en Alemania.
1128	Introducción del Cister en Inglaterra.
1132	Por voluntad de Alfonso VII, los monjes de Moreruela cambian el hábito de Cluny por el cisterciense.
1140	San Bernardo y Abelardo se enfrentan en el concilio de Sens. En este momento, y al aceptar el pontífice Inocencio II los puntos de vista de San Bernardo, éste debe ser considerado la primera figura de la Iglesia. La Orden cisterciense sale favorecida del prestigio personal del abad de Claraval, pero la misma expansión de la Orden tiende a socavar sus cimientos, recayendo en algunos de los vicios de Cluny.
1152	Muerte de San Bernardo.
1155	Muerte de Arnaldo de Brescia.

La reforma gregoriana, a pesar de su incontestable éxito, había dejado subsistir numerosos abusos. Más independiente de las autoridades laicas, más digno y menos corrompido en su conjunto, el clero continuaba, sin embargo, ligado en exceso a las realidades del siglo, a la tierra, al poder y a la riqueza. El mismo San Bernardo y la evolución de los cistercienses en la segunda mitad del siglo XII pueden servir de ejemplo.

Mientras Claraval proseguía en profundidad la obra gregoriana, exaltando un cuerpo apostólico, otros, insatisfechos, seguían diverso camino y, queriendo prolongar la "Pataria" –movimiento popular desarrollado en las ciudades italianas y circunstancial aliado del pontificado en su lucha contra el Imperio–, llegaron pronto a los límites de la ortodoxia.

El objetivo de unos y otros era aparentemente el mismo: purificar la Iglesia, pero muy pronto, para la "Pataria", la causa de todos los males se redujo al exceso de riqueza y poder de que gozaban las jerarquías eclesiásticas. Por este camino, las iniciales ideas gregorianas derivaron hacia un radicalismo místico y anticlerical.

Ya Arnaldo de Brescia (m. 1155) había condenado una Iglesia con poder en lo temporal. El ideal que propuso a las ciudades italianas era una comunidad en la que los laicos ejercían todas las funciones civiles y el obispo cuidaba de su salvación eterna.

Para un historiador moderno, todas estas reivindicaciones son la expresión de la conciencia laica del siglo XII. Bajo la defensa apasionada de la pobreza apostólica, virtud cardinal de la observancia cristiana, se acentúa cada vez más una hostilidad creciente contra toda la organización eclesiástica.

franciscanos tenía muchos otros problemas además del sustento. Había el de la disciplina jerárquica, el de la admisión de nuevos frailes con noviciado o sin él, el criterio que convenía adoptar con los frailes que habían abandonado la Orden y querían reconciliarse con ella después; había el de la Orden paralela de mujeres, etc. Por esto Francisco renunció a su cargo de superior ya en 1220, seis años antes de morir. Postrándose en el suelo delante de su sucesor, Pedro de Catania, Francisco dijo en voz alta, para que le oyeran los allí presentes: "Desde ahora estoy muerto para vosotros; he aquí al Hermano Pedro, a quien obedeceremos".

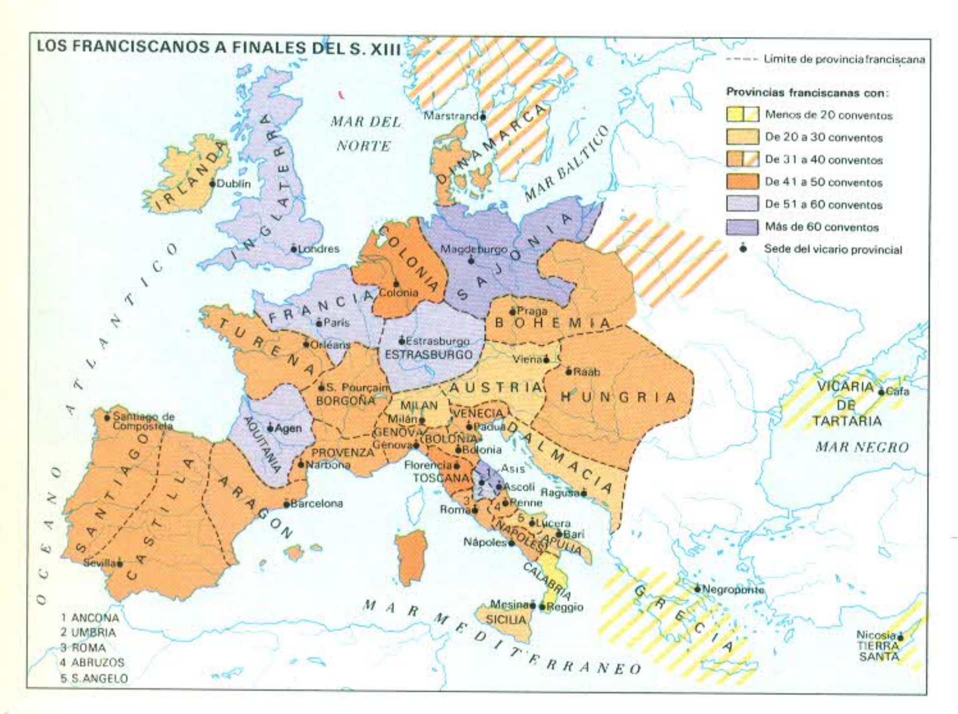
Esta renuncia de Francisco es acaso su mayor gloria. No la hizo para evitar disputas ni gozarse en una mística paz, "a solas, sin testigos". Francisco creía en su régimen "franciscano", y tenía bastante prestigio para imponerlo hasta su muerte, pero salvó también este tercer gran peligro: la soberbia de la verdad.



Durante la cuaresma de 1224, dos años antes de morir, San Francisco recibió en su cuerpo los estigmas de la pasión de Cristo, según se representa en esta tabla de Piero della Francesca, del siglo XV (Palacio Público, Perusa).



Este cuadro que P. Berruguete pintó a fines del siglo XV representa a Santo Domingo de Guzmán ante la hoguera donde se queman los libros de los albigenses (Museo del Prado, Madrid). A la izquierda aparece el santo con un fraile y un grupo de personas, y a la derecha algunos albigenses que contemplan con estupor cómo el libro católico se libra de las llamas.



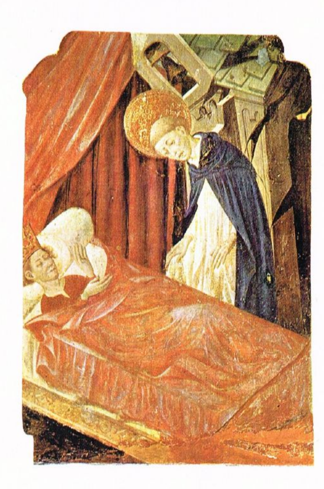
Si Francisco hubiese sido tenaz con su ideal de pobreza, hoy tendríamos en él un ejemplo más de idea fija. Renunciando con mansedumbre hasta a *Madonna Povertà,* hoy tenemos una Orden franciscana a poca diferencia como las demás, pero tenemos a Francisco, pobre hasta el punto de no querer tener voluntad ni criterio... más que para alabar a Dios.

En la breve exposición de la vida y las ideas de San Francisco ha aparecido, casi sin quererlo, la figura de Santo Domingo de Guzmán, el fundador de la Orden de los dominicos. San Francisco y Santo Domingo en la historia van siempre aparejados. Murieron casi dentro del mismo año, aunque Domingo era de más edad, pues había nacido el 1170, doce años antes que Francisco. Si hemos de creer a los que más tarde escribieron su vida, Domingo era de familia ilustre de Castilla la Vieja. Nació en Caleruega y estudió en la escuela catedralicia de Palencia. A los veinticinco años, en 1195, Santo Domingo recibió órdenes sagradas y pronto fue nombrado canónigo de Osma. Del año 1195 al 1203 los historiógrafos hacen ir a Santo Domingo a predicar a los moros de España, pero no hay gran seguridad en ello.

La primera data cierta de la actividad internacional de Santo Domingo es un viaje que hizo con su obispo, el año 1203, a "las Marcas". Cuáles eran estas Marcas ha quedado sin precisar; se ha supuesto que sería Dinamarca, adonde el obispo de Osma y su canónigo Domingo irían para concertar el matrimonio del rey de Castilla con una princesa escandinava; pero podía muy bien ser que no llegaran más que a la Marca de España, o de Francia, o de Italia, pues que "marca" quiere decir únicamente "país de frontera". Lo positivo es que en este viaje atravesaron el sur de Francia y allí el obispo de Osma y su acompañante se demoraron más de lo que habían calculado. La región estaba desolada, destrozándose sus habitantes en una querella religiosa. Si Santo Domingo había ido antes a predicar a los moros de España, le parecería ahora que los mahometanos eran mil

veces más sensatos que los herejes del sur de Francia. Hasta hace poco creíamos que la rebeldía de los albigenses era un anticipo del protestantismo, una reivindicación de los derechos de las iglesias locales, y aun de la interpretación individual de la Escritura, en oposición al romanismo, esta vez aliado con los monarcas franceses. Pero la publicación de textos y documentos ha evidenciado que los albigenses, sin tener en cuenta la autoridad suprema de la Iglesia, se habían desviado torpemente y comenzaron a disparatar, aceptando dos principios divinos, uno para el bien y otro para el mal, extraña reaparición del maniqueísmo. El cuerpo, la materia para los albigenses, era la creación del principio malo y debía procurarse su desaparición, impidiendo el nacimiento de los hijos y hasta preconizando el suicidio. No hay que decir que tales extravíos preocuparían al obispo de Osma y a Domingo, quien dio pruebas más tarde de ser un temperamento sensato y equilibrado.

El obispo y su compañero se lanzaron a predicar a los albigenses, pero pronto el prelado de Osma tuvo que regresar a su diócesis, concediendo, empero, permiso a Domingo para continuar solo su predicación en el sur de Francia. Estos fueron los grandes años de Santo Domingo, los años de pruebas, de trabajos, de visiones... Viajaba solo por una región llena de herejes, que le odiaban; iba a pie, descalzo siempre, predicaba en las encrucijadas de los caminos, en las iglesias, en los castillos, a los labriegos y soldados, clérigos y letrados. A menudo consentía en disputar con los herejes, refutando uno por uno sus argumentos; en una ocasión aceptó la prueba del fuego, en esta forma: los escritos de los albigenses y su refutación fueron al mismo tiempo echados a la hoguera. Según los hagiógrafos, los del santo salieron inmunes de las llamas. Domingo, como buen español, resistía las mayores privaciones y miserias, era sincero y apasionado en hacer el bien, pero cuando se irritaba también era extremado. Se cuenta que un día, predicando su último sermón a los herejes, díjoles como sigue: "Por espacio de muchos años os he exhortado con cariño y enseñado con ruegos y lágrimas; pero ahora os diré un proverbio de mi tierra; en España decimos: *Donde no llegan bendiciones, caen*

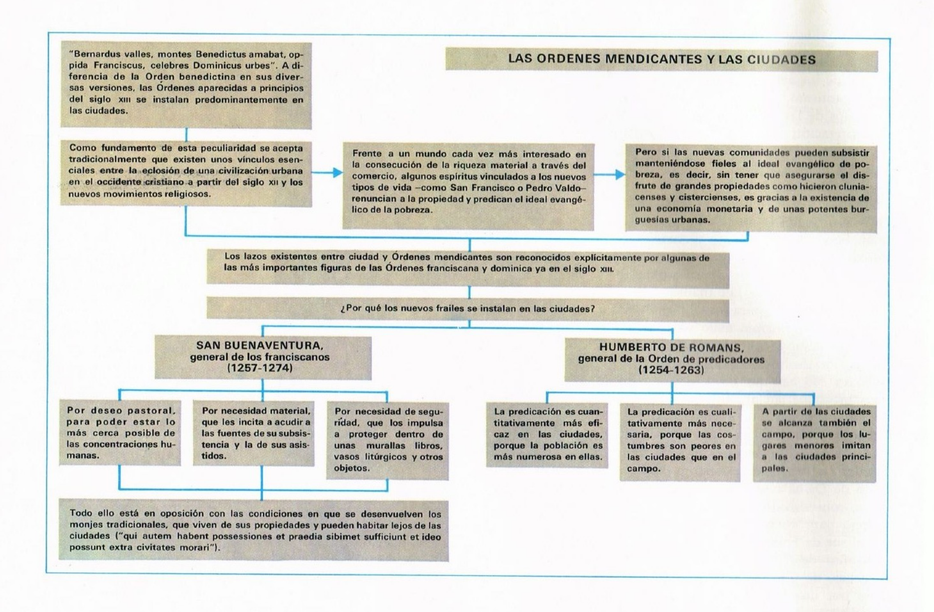


Pere Nicolau pintó así, a fines del siglo XIV, el sueño de Inocencio III en que vio la Iglesia tambaleante sostenida por Santo Domingo (Museo de Bellas Artes, Valencia).





Detalle de una miniatura de un "Libro de Horas" francés del siglo XIV en que aparecen los hábitos blancos de la Orden de Predicadores y los castaños de los Franciscanos (Biblioteca Nacional, París).



tempestades. Yo voy a armar contra vosotros a los príncipes y prelados y vendrán para castigaros". Estas palabras se han tomado como una prueba de haber organizado Domingo la cruzada contra los albigenses, dirigida por Simón de Montfort, en la que tantos perecieron, así fieles como herejes. Pero la cruzada fue mucho antes; cuando la expedición de Simón de Montfort, Domingo no era más que un clérigo, andariego y extranjero. Pero también es cierto que Domingo presenció los horrores de la cruzada y debió de comprender que, por herejes que fueran, los albigenses tenían derecho a un trato más humano del que infligieron a los habitantes de la región los defensores del dogma. Es de suponer que más tarde hablara con horror de esta gran tragedia a sus hermanos dominicos y que, de su inspiración, se originase el Santo Oficio, cuya misión capital fue juzgar según el dogma y la razón a los herejes; pero Santo Domingo no fue el fundador de la Inquisición, así como tampoco predicó ni pudo predicar aquella cruzada contra los cátaros.

De todos modos, el espectáculo de desorden y atropellos que Santo Domingo presenció en los años que estuvo en el sur de Francia hubo de demostrarle dos cosas. Fue la primera: que las Ordenes religiosas establecidas en el país, con su régimen monástico de cluniacenses, cistercienses y cartujos, no eran eficaces para prevenir y remediar un grave conflicto en el seno de la Iglesia, como fue la herejía de los albigenses. Segunda: que el clero secular, ocupado en los servicios del culto y obras de caridad, difícilmente podía atender a la misión constante y elevada de mantener la pureza del dogma. La Iglesia militante necesitaba, pues, de un tercer organismo, que serían sus frailes predicadores. Santo Domingo empezó por asociarse con varios clérigos del sur de Francia que compartían el mismo ideal, y en 1215 el obispo de Tolosa les entregó una iglesia y una casa en la ciudad, que puede considerarse como el primer convento de dominicos. Por este mismo año Domingo pasó a Roma para obtener del papa la autorización de fundar una nueva Orden; pero el pontífice se resistió y aconsejó a Domingo que tratara de conseguir lo que se proponía con la regla de San Benito, o de San Agustín, o del Cister. Fue la misma resistencia que encontraba Francisco por aquellos mismos años, y hay que tener en cuenta que las autoridades eclesiásticas se oponían a las nuevas fundaciones no sólo

Relieve del arca que contiene los restos de Santo Domingo, en que se ven representadas dos escenas de su vida: los apóstoles Pedro y Pablo entregándole un báculo y un libro de predicación, y el santo repartiendo el libro de la Regla a los primeros compañeros que la profesaron.



por el recelo que causa todo lo nuevo, sino también porque en los concilios se había legislado ya contra ellas para prevenir, desde luego, que todo el que se sintiera en desacuerdo con lo estatuido por la suya, saliese de ella con la pretensión de "fundar" otra Orden para él solo.

Pero pronto los pontífices reconocieron que tanto San Francisco como Santo Domingo eran merecedores de lo que reclamaban. El año 1216 Santo Domingo obtuvo del papa Honorio III el permiso que había solicitado para fundar su Orden, y le entregó además la iglesia de Santa Sabina, en el Aventino, donde se estableció el primer convento de dominicos en Roma. Domingo vivió sólo cinco años más; fueron cinco años de gran actividad y de viajes por Francia, Italia y España. Al morir, en 1221, el santo fundador existían más de sesenta conventos, repartidos en diez provincias, y poco después, a tenor de esta proporción, sus frailes se habían multiplicado prodigiosamente.

Las nuevas comunidades de franciscanos y dominicos tuvieron una eficacia social. Llegaron a transformar la vida de las ciudades. En cada ciudad los nuevos frailes construyeron grandes iglesias dentro del recinto de las murallas, donde se celebraban oficios y fiestas en honor de los grandes santos locales. Los dominicos causaban emoción con elocuentes sermones y se especializaban en la defensa del dogma. Daban carácter religioso a las escuelas seglares que empezaban a formarse. Los franciscanos establecían contacto con los burgueses y artesanos, visitando las casas y aconsejando en casos de moral familiar. ¡Qué diferencia entre los monasterios y monjes benedictinos, silenciosos y en despoblado, y los conventos de frailes animando la vida ciudadana con procesiones, misas solemnes cantadas y cortejos por las calles!



El magnífico sepulcro de Domingo de Guzmán en la iglesia que el santo tiene dedicada en la ciudad de Bolonia, donde murió en 1221.

BIBLIOGRAFIA

Bloch, M.	*La société féodale,* París, 1940.
Fliche-Martin, A.	*Histoire de l'Eglise,* París, 1940 y sigs.
Gobry, I.	*Saint François d'Assise et l'esprit franciscain,* París, 1957.
Llorca, B.; García Villoslada, R., y Montalbán, F. J.	*Historia de la Iglesia católica,* Madrid, 1958.
Pirenne, H.	*Historia de Europa desde las invasiones hasta el siglo* XVI, México, 1956.
Romero, J. L.	*La revolución burguesa en el mundo feudal,* Buenos Aires, 1967.
Touchard, J.	*Historia de las ideas políticas,* Madrid, 1969.
Troeltsch, E.	*The social teaching of the christian Churches,* Nueva York, 1931.



El abrazo de Santo Domingo y San Francisco de Asís, representado en el pórtico de la iglesia de Santa María Novella, Florencia.